

DOMINGO V DE PASCUA, CICLO A

JESÚS ES EL CAMINO, LA VERAD Y LA VIDA

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Hechos 6, 1-7; I Pedro 2, 4-9; Juan 14, 1-12



1. En el itinerario pascual que estamos recorriendo, nos encontramos ya en el quinto domingo de Pascua. Si estamos intentando vivir el espíritu de este tiempo santo, nuestra lucha ascética ha de estar orientada a buscar las cosas de arriba, las cosas del espíritu: *si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba*, nos dirá el apóstol Pablo. Sólo cuando la vida está dirigida a las cosas de arriba como objetivo permanente a conseguir, se está en el camino verdadero, en el que se encuentra la verdad que salva, y se alcanza la vida feliz que no termina. El evangelio de hoy nos indica cuál es el camino, que no es otro que Cristo: *Yo soy el camino*.

2. El bello texto de san Pedro proclamado en la segunda lectura, hablando de los cristianos en general, dice que Cristo es la *pedra angular* y los cristianos *pedras vivas... en la construcción del templo del Espíritu*. Llena de admiración, además, escucharle también esto otro: *sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios*, precisamente, con la sangre de Cristo. Todo bautizado es un elegido de Dios, un consagrado al Señor, participante del sacerdocio de Cristo por el bautismo, pero no con el sacerdocio ministerial, que lo da el sacramento del orden.

Y en cuanto sacerdote que es, con el sacerdocio común de los fieles, todo bautizado, hombre o mujer, ha de *ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo*, como hemos escuchado también. El cristiano debe hacer de toda su vida, aunque ésta sea muy sencilla o corriente, un sacrificio que ofrece al Señor y que, unido al sacrificio de Cristo en la cruz, renovado en cada Eucaristía, resulta agradable al Señor. He ahí la gran dignidad de cada bautizado, sea presbítero o seglar, religiosa o madre de familia.

3. Los bautizados, los discípulos de Jesús, serán a lo largo de toda la historia signo de contradicción, van a tener que pasar por dificultades, incomprensiones, discriminaciones y persecuciones. La etapa histórica que nos ha tocado vivir no es una excepción. La Iglesia de Jesucristo, y cada uno de sus miembros, estaremos luchando siempre –también hoy– en contra de la corriente reinante, y teniendo que pasar por la incomprensión o persecución, como consecuencia, entre otras causas del secularismo, del relativismo moral y del anticlericalismo, tan extendidos en nuestra sociedad. En ese contexto hemos escuchado el evangelio proclamado. En él

queda reflejada la preocupación de Jesús en relación a las circunstancias adversas de sus discípulos, a largo y a corto plazo.

En una homilía en la residencia de Santa Marta (4-3-2014), decía el Papa Francisco: *Nosotros... también tendremos la persecución... con la palabra, las calumnias, las cosas que decían de los cristianos en los primeros siglos, las difamaciones, la cárcel... Pero nosotros olvidamos fácilmente... Os digo que hoy hay más mártires que en los primeros tiempos de la Iglesia. Ésta es la realidad, ante la cual el evangelio de hoy nos invita: no perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí.* La Iglesia, en general, y los cristianos, en particular, tenemos el peligro de perder la calma ante las dificultades y caer en el derrotismo, en el desánimo o la falta de esperanza, como de hecho les ocurrió a los dos de Emaús. Movidos por la fe en Cristo, que nunca falla y que ha prometido estar con nosotros hasta el fin del mundo, hemos de afrontar cualquier tipo de problema con la confianza de que, para los que aman a Dios, todo les sirve para bien, tal como enseñaba san Pablo.

4. Nuestra seguridad y esperanza no se fundamentan en las fuerzas o medios humanos. Nuestro fundamento es Cristo que es *el camino, y la verdad, y la vida*. Cristo -así lo enseña san Agustín- es el camino porque se hizo hombre y, porque mantuvo su divinidad, es la verdad y la vida. Y el mismo santo nos invita así a ir por el camino: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Con estas palabras Cristo parece decirnos: ¿por dónde quieres tú pasar? Yo soy el camino. ¿Dónde quieres llegar? Yo soy la verdad, ¿Dónde quieres residir? Yo soy la vida. Caminemos, pues, con toda seguridad sobre el camino; fuera del camino, temamos las trampas, porque en el camino el enemigo no se atreve atacar —el camino es Cristo— pero fuera del camino levanta sus trampas.*

Cristo es la piedra angular. Cristo es el camino que conduce a la verdad y a la vida. Cristo es el centro de la Iglesia, por ello nuestra vida tiene que estar centrada en Él, y hacia Él orientada. El compromiso personal de hoy ha de ser poner los medios para que Cristo sea el centro de nuestra vida. Esto exige un trato íntimo y personal con el Maestro en la oración y en los sacramentos recibidos con frecuencia y con piedad. Es necesario, además, ir adquiriendo un conocimiento mayor de su persona y de su doctrina, mediante la lectura asidua del Nuevo Testamento y de libros de ascética cristiana, así como mediante la participación en medios de formación cristiana, como la catequesis, también la de adultos. A un mayor conocimiento de Cristo, se seguirá un mayor amor hacia su persona; y a un mayor amor, un mayor compromiso con Él y con su causa que es la Evangelización. Con Cristo lo podemos todo, sin Él nada podemos.

5. La Virgen, que nos acompaña en el camino, nos ayude a caminar sin apartarnos nunca de Cristo, para vivir toda la eternidad en una de las muchas estancias que Él dijo que había en la casa del Padre.